



Sincronía
ISSN: 1562-384X
sincronia@csh.udg.mx
Universidad de Guadalajara
México

Schopenhauer y el nudo del mundo. De una hermenéutica de la exposición a los linderos de una hermenéutica de la escucha

Guerrero González, Fernando

Schopenhauer y el nudo del mundo. De una hermenéutica de la exposición a los linderos de una hermenéutica de la escucha

Sincronía, núm. 69, 2016

Universidad de Guadalajara, México

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=513852378034>



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional.

Schopenhauer y el nudo del mundo. De una hermenéutica de la exposición a los linderos de una hermenéutica de la escucha

Fernando Guerrero González
Universidad de Guadalajara, México

Resumen: El objetivo que impele a esta parca investigación estriba en dar a conocer que en la médula del pensamiento de Arthur Schopenhauer, a partir de donde éste alude a la noción nudo del mundo, se despliega una tácita y fecunda hermenéutica que podemos denominar de la exposición; ésta abreva y se robustece, como a la postre observaremos, de un cúmulo implícito de fecundas experiencias filosóficas y estéticas, las cuales hacen muy factible que esta hermenéutica de la exposición solicite de suyo las prolijas posibilidades de una particular hermenéutica de la escucha.

Palabras clave: hermenéutica, nudo del mundo, exposición, experiencia, escucha.

Abstract: The target that drives to this frugal investigation rests in announcing that in the marrow of the thought of Arthur Schopenhauer, from where this the knot of the World alludes to the notion, there opens a tacit and fecund hermeneutic that we can denominate from the exhibition; this one drinks and it strengthens, as at last we will observe, of an implicit heap of fecund philosophical and esthetic experiences, which very feasibly make the hermeneutics of the exhibition requests of this the prolix possibilities of a particular hermeneutics of listening.

Keywords: Hermeneutic, knot of the word, exhibition, experience, listening.

1. Schopenhauer y el nudo del mundo. Antecedentes teóricos y las experiencias tácitas subyacentes a la noción nudo del mundo

Nuestra breve investigación sigue muy de cerca algunos procedimientos metódicos ejecutados por Schopenhauer al hacer referencia a la noción *nudo* del mundo, los cuales le permiten retener y hacer manifiesto un particular obrar *expositivo* de la voluntad en tanto realidad *expresiva*, dramática, inmediata, inmanente, compulsiva y violenta, por demás, preeminente e indefinible, la cual, dado su particular comportamiento, logra confeccionarnos en nuestra condición humana; a su vez, queremos poner en relieve algunos rendimientos teóricos de las particulares experiencias filosóficas y estéticas que potencian y estimulan la afirmación de dicho nudo. Nuestro lector podrá corroborar por sí mismo que nuestra limitada investigación es una franca toma de la palabra en relación a las agravantes propias de la hermenéutica contemporánea y en aras de enriquecer el debate hodierno en torno a la actualidad de Schopenhauer.

a) Breve anotación introductoria acerca de la importancia de la obra *La cuádruple raíz del principio de razón suficiente*.

Sincronía, núm. 69, 2016

Universidad de Guadalajara, México

Recepción: 17 Julio 2015

Revisado: 04 Agosto 2015

Aprobación: 27 Agosto 2015

Redalyc: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=513852378034>

Las sutiles determinaciones de esos procederes metódicos antes mencionados, por parte de nuestro filósofo, hunden sus antecedentes en la tesis doctoral intitulada *La cuádruple raíz del principio de razón suficiente* (Schopenhauer, 1950). Obra ciertamente preparatoria y suplementaria a la vez (Spierling, 2010, p. 36), a la que no siempre se le ha brindado la importancia que merece, por más que nuestro filósofo insista en que debemos hacerlo para bien comprender los entresijos y ristras de su pensamiento.

En la complejidad de sus afirmaciones, habría un cierto episodio donde se alude a la noción nudo del mundo al que debemos prestos acudir para intentar comprender un tanto lo que nuestro autor allí pone en juego, a saber: por un lado, la noción de una *expresividad* que, dado su particular obrar, es capaz de exponerse por sus propios fueros; por otro, los sutiles visos de una latente *hermenéutica* de la exposición junto con las gavillas de profusas experiencias que logran, por demás, estimularla. Así, podríamos decir que algunos de los esfuerzos de la filosofía y de la hermenéutica contemporáneas tendientes a asir la expresión de una realidad originaria capaz de disponer un sentido o significado desde sí misma, en *La cuádruple raíz del principio de razón suficiente* ya tienen un sólido parangón decimonónico y un conspicuo e inspirador antecedente.

Con arreglo a ello, debemos decir, antes que todo y de manera sumaria, que habría múltiples razones fundamentales al interior de dicha obra, mismas que debemos considerar con amplia seriedad para el caso que ahora nos ocupa, algunas de ellas serían las siguientes: a) se observa en su complejo interior la base fundamental del sistema filosófico de Schopenhauer y se ponen en relieve ciertas formas metódicas para hacer expresa a la voluntad; b) se divisan de manera temprana los silos teóricos de una tácita *hermenéutica de la exposición*, cuyas vetas teóricas serían más importantes, decisivas y preeminentes que las relativas al saber de la propia conciencia. Dicha hermenéutica tiene su fuente en la objetivación carnal o corpórea de la voluntad y su vena teórica fundamental aduciría que el hombre llega a interpretar su mundo a partir de los propios fueros de la voluntad; c) la aprioridad del principio de razón suficiente con sus cuatro raíces no permite la concepción de un mundo necesario y justificado; d) se pone en relieve la fundamental preeminencia de la voluntad sobre la conciencia; f) se adivinan las experiencias particulares, sigilosas y tácitas que incentivan lo allí aducido y que hacen que dicho texto filosófico [1] refiera asuntos que no estarían expuestos de manera explícita; nosotros, análogamente a R. Safranski, también creemos que esta obra resulta importante por “*aquello de lo que no se habla*” (Safranski, 2013, p. 206).

b) El drama del nudo del mundo en Schopenhauer: el juego *expresivo* de la figura de la voluntad.

En *La cuádruple raíz del principio de razón suficiente* el pensador de Danzig medita acerca de cómo nuestra razón logra conducirse siempre a tenor de sus propias convicciones y nuestro autor llega a la conclusión que ella misma no logra dilucidar por sí sola suficiencia alguna como para justificar lo necesario de este mundo (Schopenhauer, 1950, pp. 170-186)

y al referirse en particular al ser humano, en cuanto que éste fuese capaz de decir con toda probidad “yo”, el pensador también cae en la cuenta que nuestra conciencia refiere sólo palabras huera al momento de pronunciar ese “yo”. Nuestra razón, según el pensador de la voluntad, resulta una facultad inmanente que obra en conformidad con las intuiciones del espacio y del tiempo, con el agregado de la causalidad (p. 73) como parte misma de su entramado y, al sumar ésta última a su estructura, no solamente logra acotarla, como lo hizo también Kant, sino que ahora nos la presenta como hontanar mismo de su propia condicionalidad (pp. 170-171) y sirva de sus particulares ilusiones, pues ciertamente, la realidad más sustancial y grávida del ser humano no ha lugar en los parcos e ilusos parajes de su geografía.

No obstante, Schopenhauer cree que en nosotros queda manifiesto un hecho fundamental y decisivo, desde el cual podemos llegar a decir “yo”, ese tal queda patente en el momento mismo en que logramos reconocernos como sujetos volentes y no precisamente como sujetos con conciencia. Nuestro mundo más sustancial y grávido o, mejor dicho, allí donde nuestro mundo resulta más mundo, se daría en la voluntad y no precisamente en los imperios ilusos de la conciencia. ¿Qué quiere decir lo anterior, según nosotros? Vayamos con pausa y tiento.

Para nuestro pensador ser capaces de afirmar un “yo” en tanto sujetos cognoscentes, se tornaría simplemente imposible por las razones siguientes: afirmar “yo sé que conozco” o proferir: “yo sé que soy” nos conducirían a una serie de afirmaciones vacías, incluso irrelevantes, pues a decir verdad, nada sustancial lograríamos obtener con ellas, pues en modo alguno mentamos allí un auténtico mundo, las mismas serían enunciaciones que estarían muertas antes de ser pronunciadas, pues bajo los términos de la representación, según la concibe nuestro autor, para que verdaderamente brote un mundo, precisamos de la inevitable correlación del sujeto con su objeto y, a decir verdad, en las anteriores afirmaciones quedaría claro que el sujeto no podría ser jamás objeto para sí mismo, dado que aquel debe ser condición ineluctable de la representación. A este propósito resulta esclarecedor el no. 41 de la mencionada tesis doctoral, donde se afirma a la letra, lo siguiente:

Según esto, el sujeto se conoce a sí mismo como volente, no como cognoscente, pues el yo como representación, el sujeto del conocimiento, no puede nunca, puesto que, como correlativo necesario de toda representación, es condición de la misma, llegar a ser representación u objeto [...](Schopenhauer, 1950, p. 158).

En resumidas cuentas, para nuestro filósofo es claro que a nuestra razón le estaría vedado un acceso cognoscitivo originario al “yo”. En cuanto nos pensamos nada podríamos obtener. De tal manera que las auténticas posibilidades *expresivas* de un “yo” tendrían su postigo allí donde la razón encontraría, no sólo su derrota sino su servilismo

Así pues, sucede que hay otras maneras más reales y originarias donde un “yo” podría ser concebido en su expresión más sustantiva, pero también más dramática; ello ha lugar cuando nuestro pensador comienza a proferir que somos seres que “nos vemos siempre queriendo[...]” (Schopenhauer, 1950, p. 160), cuando nos apercebimos

como seres volentes, entes buscando satisfacer en todo caso su interés, seres interesándose constantemente sobre sí y, cuando precisamente eso ocurre, sucede algo del todo particular, a saber: al concebirnos como seres volentes, al momento nos convertimos en objeto para nosotros mismos: yo (sujeto) y mi voluntad (objeto), pero recién sucede que esta correlación entre sujeto y objeto que allí se ofrece con bastante claridad, en verdad queda del todo afectada de una manera peculiar, puesto que, a punto fijo, dejan de ser posibles las reglas propias de la representación (correlatividad entre sujeto y objeto), las cuales relacionan los objetos bajo el principio de razón y por ende, del tiempo, del espacio, de la causalidad y así hacen posible un mundo; a contrapunto, con la desaparición de la relación entre sujeto y objeto se hace *expresa y manifiesta* —más acá de la conciencia o de una conciencia intencional que, al pensar lo hace siempre en algo — una *sui generis* identidad inmediata e inexplicable por los fueros de la razón; identidad que, en su proceder, logra *exponerse* o *expresarse* por sí y consigue, a su vez, ponerse al descubierto desde la inmediatez del volente, quien recién cae en la cuenta que, precisamente, resulta ser incesante voluntad *expresiva*.

Al decir de nuestro autor, cuando nos experimentamos como volentes, lo cual ocurre en todo momento, aunque nuestra vigilante razón sea incapaz de percibirlo, allí, con precisión, ocurre que un sujeto puede decir con bastante propiedad “Yo”. Justamente a esta identidad incomprensible donde el sujeto deviene autoconciencia como sujeto volente y donde los dejos de una expresión, la voluntad, queda expuesta, nuestro pensador la denomina *nudo del mundo*, derrotero originario donde se patentiza, según nuestro pensador, el milagro por antonomasia. A la letra, Schopenhauer dice así:

Pero la identidad del sujeto volente con el sujeto cognoscente, por medio de la cual (y por cierto, necesariamente) la palabra “Yo” comprende y designa a ambos, es el nudo del mundo y, por tanto, inexplicable, pues sólo podemos comprender las relaciones de los objetos, y, entre estos, sólo pueden dos constituir uno, cuando son partes de un todo. Por el contrario, allí donde se habla de sujeto, ya no son aplicables las reglas del objeto, y se nos da una identidad real, inmediata, del sujeto cognoscente con el sujeto volente, esto es, del sujeto con el objeto. El que comprenda lo incomprensible de esta identidad la llamará conmigo el milagro [...]. (Schopenhauer, 1950, p. 160).

Sin embargo, debemos ser insistentes en lo anterior para dejar lo bastante ilustrada la noción *nudo del mundo*, sus rasgos metódicos, así como el particular proceder de lo que allí se logra manifestar.

La noción nudo del mundo hace referencia al paraje originario donde un sujeto de conocimiento, que no es el sujeto de la conciencia, podría llegar a decir con bastante propiedad “Yo” en tanto “*yo quiero*”: identidad originaria entre un yo y la voluntad. Pero este “*yo quiero*” tiene su verdadera acreditación en la materialidad expresiva del cuerpo, precisamente en los actos de éste. Para el ser humano el cuerpo y sus actos serían la geografía originaria donde se haría ostensible y manifiesta la identidad antes nombrada; en el actuar del cuerpo se tornaría sensible

e inmediata la pulsión de esa expresividad compulsiva denominada voluntad.

La *expresividad* de la voluntad, en tanto autoconciencia sin representación de la conciencia, dice “yo quiero” y en cuanto corporalidad, llega a sernos *expresa* precisamente en su obrar; pero, ciertamente, no actúa como una realidad que logra aparecer o que emerge desde un adentro hacia una exterioridad, sino que su proceder dibuja la suerte de un *exponerse carente de interioridad y exterioridad*. Ciertamente, la propia palabra *exposición* no ofrecería por sí misma la idea precisa del actuar de la voluntad a causa del ex (salir hacia fuera); sin embargo, con esta noción simplemente queremos hacer notar que el actuar de la voluntad, según el pensamiento de Schopenhauer, resulta un *expresarse* por sí misma, sin mediación alguna, en la inmediata afectación del propio cuerpo; en razón de ello, el propio pensador nombra en su tesis doctoral al cuerpo como el “objeto inmediato [...]” (Schopenhauer, 1950, pp. 104-105); aunque más adelante se da cuenta que esa definición no logra recoger con total fortuna el obrar propio de la voluntad o el darse a conocer de la misma, por ello nuestro pensador hablará de “*objetivación de la voluntad*” (Schopenhauer, 2012b p. 189), la cual, a ciencia cierta, nos vemos en el deber de entender como una exposición, voluntad que se hace *expresa* sin más, simple exposición de la voluntad ^[2] encarnada.

A decir verdad, debemos apostar por el hecho de que allí donde Schopenhauer habla de la acción del cuerpo en tanto objetivación de la voluntad, patente ésta de manera inmediata o intuitiva (Schopenhauer, 2012b, p. 188), habremos de entender que esta inmediatez o intuición no es otra cosa que una expresión carente de reducción fenomenológica, desprovista de horizonte de apertura, privada del efecto del darse y de la estructura de la donación, la cual no emerge de un misterioso adentro hacia afuera, sino que, en todo caso, resulta figura misma que logra exhibirse en su inmediato actuar, en su encarnada compulsión expresiva.

Bajo nuestra consideración, la idea *nudo del mundo* resulta bastante afortunada en razón de lo que intenta darnos a comprender: el justo entrelace o entrecruce, más acá de la conciencia, donde se logran anudar, formando una unidad, una identidad y un único *mundo*, la autoconciencia, la corporalidad y el actuar *expresivo*, preeminente y configurador de la voluntad, bajo cuya acción inmanente e incesante quedaríamos con antelación precisamente *expuestos* (Schopenhauer, 1950 pp. 162-163) o *expresados*. De tal suerte que, podemos afirmar que el cuerpo resulta ser el enclave básico de la *expresividad* del mundo como voluntad.

Siendo así, con todo derecho podríamos referir la potencialidad en Schopenhauer de un “yo vital”, dramático, más acá de la conciencia representacional y del tiempo, que se acreditaría y se *expresaría* a partir de los signos vivos del actuar del cuerpo, en sus particulares motivaciones y pulsiones; en el cuerpo, en tanto enclave *expresivo* primario se *exhibiría* el mundo como voluntad, la vida como voluntad queriendo sin sosiego, vida inmediata que se *expresa* sin mediación alguna, inmanencia que se *auto*

expone sin tener al tiempo como horizonte ni a ningún otro; en todo caso, expresión corporal de los signos vivos del mundo como voluntad.

Desde el punto de vista del pensador de Danzig, en modo alguno el cuerpo podría servir como horizonte de apertura donde una realidad de índole cualquiera se ofrecería, aparecería, se develaría o dejaría su impronta y su don, sino que en su propia materialidad, en su particular afección fisiológica, en todo caso, en sus propios actos y signos, quedarían, sin más, *expresados*, los dejos anudados del mundo como voluntad.

El epítome *nudo del mundo* de *La cuádruple raíz del principio de razón suficiente* querría decir, sumariamente, la suerte del actuar concreto *expositivo* o *expresivo* del mundo como voluntad; actuación preeminente e imperiosa, que actualiza su proceder vital en todos los actos y signos del cuerpo y que, en consecuencia, *al exponerse también nos deja al punto expuestos, en todo caso, al expresarse recién nos expresa*.

c) Aspectos básicos de las tácitas experiencias de Schopenhauer yacentes en la *noción nudo del mundo* y visos de la *hermenéutica de la exposición*.

Merced de las consideraciones anteriores, debemos saber ver que habría ciertos asuntos verdaderamente relevantes que se ponen en juego a través del prisma de la noción *nudo del mundo*, mencionemos algunos de ellos: a) las posibilidades teórico-metodológicas que se nos ofrecen al referir una *expresividad* constituyente, acreditada ésta en un movimiento inmanente corporal, el cual, según decíamos, *al exponerse nos expone*, *al expresarse nos exhibe*; b) las posibilidades hermenéuticas que se nos harían manifiestas al retener ese particular movimiento compulsivo; c) la ralea de las experiencias que subyacen, estimulan y se ponen en juego al pertrechar y asumir los signos vivos y corporales de una *expresividad* preeminente, así como la riqueza teórica que se oferta al momento de comprender a los seres humanos y la diversidad de sus mundos a partir del andamiaje teórico de esa *expresividad*, al parecer, avasallante.

Según creemos, vale mucho la pena que nos centremos en este último punto en razón de su fundamental importancia.

El empeño prematuro de nuestro filósofo al teorizar la idea *nudo del mundo* ha sido acicateado, según creemos, por una profusa ristra de particulares experiencias fecundas. Ya hemos afirmado que la *Cuádruple raíz del principio de razón suficiente* resulta adicionalmente importante por aquello que expresamente *no habla*: lo tácito de esta obra estriba, según nuestra propia lectura, en el sigiloso cúmulo de variopintas experiencias que, sin tomar explícitamente la palabra ya resultan lo bastante expresivas y llegan a estimular lo allí pensado.

Estas experiencias se nutren habida cuenta de haber sacado nota del vivir entre seres humanos, mantienen en todo momento una mirada inmanente en el proceder de la propia vida humana, abrevan de un cúmulo de vivencias estético-literarias y hasta musicales, las cuales asumen totalmente, según interpretamos, que habría múltiples circunstancias vitales, pre-rationales, mismas que nos hacen quedar *expuestos* y *expresados* en aquello que más grávidamente seríamos: seres que paradójicamente llegan a ser lo que nunca hubieran deseado bajo la luz, dirección, amparo

y amonestación de la razón; en todo caso, seres que difieren siempre de sí mismos.

Esas diversas experiencias le habrían dado a pensar a nuestro filósofo, desde muy temprana edad que expresamos lo que somos merced aquello que con antelación nos domina. Una de esas tales, por ejemplo, es la siguiente: habla el Schopenhauer adolescente cuando ha observado una vieja ciega, la cual llegó a ser tal, a causa de que, recién nacida, la llevaron a bautizar durante tiempos gélidos, los ojos, según eso, se le enfriaron.

Sentí lástima de la pobre mujer, pero admiré la flemática tranquilidad con la que soportaba su ceguera; ¡bien caro hubo de pagar el placer de ser cristiana! Después de un almuerzo extremadamente frugal seguimos adelante desde Zollenspyker, y al atardecer llegamos a Lunenburgo, en donde no vi nada más que viejos edificios góticos (Schopenhauer, 2012a, p. 31).

Vivencias intensas alentadas por su propio padre quien le conminó, en todo momento, a “*leer en el libro del mundo*” (Safranski, 2013 p. 43); mismas que vienen animadas y espoleadas por otras de índole literarias. Respecto de éstas últimas, debemos reconocer que nuestro pensador acude a ellas con prestancia. La recurrencia de Schopenhauer a autores hispanos es muy evidente, por ejemplo, Cervantes, Calderón de la Barca, resultan imprescindibles, como lo fue también Shakespeare. En esto tres podemos observar una decantada experiencia, acreditada análogamente en muchos de nuestros literatos contemporáneos, orientada a poner en relieve el hecho inconmensurable de que la vida nos conduciría, en todo momento, por derroteros contrarios a los que nuestra razón podría haber planificado desde su lúcida sensatez; drama constatado de muy variadas formas en tan diversos literatos y poetas como Balzac, Maupassant, Rulfo, Rubén Romero, Dostoievsky, Elena Garro, André Gide, Marguerite Yourcenar, Huidobro, entre otros más.

Así pues, la experiencia schopenhaueriana del mundo como voluntad, en tanto fuerza expresiva y preeminente y como drama *expresivo* acreditado en el cuerpo, viene alentada, reiterémoslo, a causa de ser un viajero cronista de lo ordinario que ha sabido vivenciar que los seres humanos quedamos *exhibidos*, preeminentemente, en razón de un vivo y compulsivo drama que nos antecede y ante el que muchas veces quedamos en flagrante indefensión. Dicha experiencia es paralela, permítasenos insistir, a la de muchos autores contemporáneos de muy diversa índole, por ejemplo, la afirmación siguiente de Gide, corroboraría lo que ahora decimos: “No se escriben los libros que uno quiere” (Gide, 2013, p. 77) o, aquello de Huidobro: “La vida es una experiencia en paracaídas y no lo que tú quieres creer” (Huidobro, 1931, p. 14) o, también aquello que dice Strindberg por boca del capitán en su obra *El padre*:

¡Así de hermosa fue nuestra vida y fíjate en lo que se ha convertido! Tú no quisiste que acabase así, ni yo tampoco, y sin embargo, así acabó. ¿Quién gobierna pues nuestras vidas? (Strindberg, 2008, p. 83).

O aquello de Proust citado por Deleuze: “*El libro de los caracteres figurados, no trazados por nosotros, es nuestro único libro*” (Deleuze, 1971 p. 22). Experiencias vivas y constantes que admitirían que habría

innumerables ocasiones cotidianas, pre-concientes y avasallantes que nos *expondrían* en nuestra indefensión y que harían referencia a aquellos momentos particulares donde se *expresaría* el deseo adjunto a su fracaso, la necedad aunada a su repetición histórica, la indefensión ante el rugir violento afirmante de la vida, el egoísmo ante su sinsentido, la visión pasmosa de la revelación de la realidad positivamente horripilante atestada en la vivencia del dolor, de la enfermedad, del hambre o de la violenta lucha de todos contra todos, así como la atenuación que habríamos de considerar ante su horrorosa revelación como única salvación sobre la tierra. Juego fatuo vislumbrado y experimentado una y otra vez por Schopenhauer, juego compulsivo y avasallante que logramos atestar en los personajes plenos de claroscuros de Balzac, de Beckett, en los de Strindberg o en los de Rulfo. Juego dramático congregado en el pensamiento de Schopenhauer bajo la figura expresiva del mundo como voluntad.

Estas experiencias, ya decíamos, las encontramos hablando sin hablar en el adolescente y en el joven doctorando Schopenhauer, expresando su decir sin pronunciar palabra en la noción *nudo del mundo*, la cual, según creemos, se robustece del incontestable y ordinario hecho de que allí, donde nuestro deseo se acrecienta tiende a saciarse y a fracasar, pero neciamente vuelve a tomar impulso sin cansancio ni reposo y allí, en ese *nudo vital que tendría como anclaje principal el cuerpo* y los signos fisiológicos de la querencia, se *expondría*, bajo una tonalidad más aguda y dramática, nuestra condición humana más preeminente y grávida: el deseo y su flagrante e inconfeso fracaso.

Sumado a lo anterior, cabe poner en relieve que al interior del pensamiento de Schopenhauer hay una sutil, particular y tácita experiencia que debemos señalar y que le habría permitido sentir y presentir la vorágine de la afirmación de la voluntad en concomitancia con su casi imposible contraparte, esto es, su reposo o, en su defecto, el aquietamiento como salvación. En este sentido, podemos aducir que la experiencia particular que se cierne, por ejemplo, en Pessoa y que le hace cantar: “*No habrá quizás un cansancio/ de las cosas/ de todas las cosas/ como de las piernas o el brazo*” (Pessoa, 2010, p. 44), podría haberla asumido con prontitud y consecuencia nuestro pensador. Todo lo cual, nos impele a interrogar lo siguiente: ¿habrá, en efecto, en todas las cosas los signos de un anticipado cansancio en concomitancia a su afirmación? Y si ello resultase así, dicho cansancio, ¿llevaría en su seno, acaso, los signos anticipados de un cierto fracaso como el acreditado en la razón y en aquella filosofía que hace del mundo algo óptimo y necesario como ya lo sugiere el doctorando Schopenhauer?

2. Algunos filones y rendimientos teóricos de la estructura de una hermenéutica de la exposición.

Así, según lo antes inquirido, podemos llegar a decir que habría un juego teórico hermenéutico en la base del pensamiento de Schopenhauer que, cual telón de fondo, nos conduciría a asir una benéfica lectura del mundo

y de nuestro vivir ordinario, todo lo cual nos permitiría testimoniar la actualidad filosófica del pensamiento de nuestro autor en el seno complejo de las agravantes de la hermenéutica contemporánea.

Un juego teórico hermenéutico, decíamos, que estriba, fundamentalmente, en observar con agudeza que no es precisamente la deliberación y la razón del sujeto el origen de la interpretación del mundo, sino la previa exposición o expresividad del mundo como voluntad, cuyo enclave básico sería el cuerpo, merced del cual, nos es permitido tanto interpretar como interpretarnos. Por eso nuestro pensador puede decir: “*La voluntad de vivir no comparece a consecuencia del mundo, sino el mundo a consecuencia de la voluntad de vivir*” (Schopenhauer, 2012b, p. 350). De modo que, para Schopenhauer, seríamos sujetos encarnados (encarnación de la voluntad) que logran ser intérpretes del mundo por mor de una preeminencia e inmediatez *expresiva* que ya se *expone* y nos *expresa* su dirección. Nuestro autor lo dice con las siguientes palabras:

Ahora bien: la voluntad del individuo es la que pone en actividad todo este mecanismo, dirigiendo el *intelecto*, en consonancia con el interés, o sea el fin personal del individuo, a sus actuales representaciones, las cuales son evocadas por él en virtud de relaciones lógicas o analógicas, temporales o espaciales (Schopenhauer, 1950, p. 163).

Siendo así, podemos comenzar a señalar algunos entresijos tácitos de esa particular y significativa hermenéutica que subyace en el pensamiento de Schopenhauer, la cual ahora podemos enunciar a cabalidad como una hermenéutica de la *exposición* o, si se prefiere, de la *expresión*, en razón de que el interpretar lo llevamos a cabo merced de la inmediatez que en nosotros, con antelación, *se expone o se hace expresa*.

Según dicha hermenéutica, nosotros logramos interpretar al mundo únicamente porque la *expresividad* del mundo como voluntad nos proporciona previamente la palabra y los signos, mediante los cuales, se nos permitiría hacerlo; esto es, podemos llegar a interpretarnos e interpretar la naturaleza a causa de que ya están inscritas en nuestra existencia corporal las palabras y los signos con los que podemos hacerlo. Vemos ello, por ejemplo, en las siguientes palabras de nuestro pensador:

Todas las acciones y gestos de los animales, que expresan movimientos de la voluntad, los comprendemos a partir de nuestra propia esencia: por esos simpatizamos tanto con ellos de tan múltiples maneras (Schopenhauer, 2012b, p. 199).

Para enriquecer la idea anterior debemos decir que esta hermenéutica de la exposición es estimulada, como enseguida lo haremos saber, por otra particular experiencia decisiva que nos impele a concebarnos como lectores del drama del mundo ^[3] y una más, de índole musical que parecer irrecusable, pues nos convocaría a prestar oídos a los ritmos dramáticos que se pondrían en juego en la teatralidad expresiva de nuestro mundo y de nuestra corporalidad.

La hermenéutica a la que hacemos alusión, a partir de la noción *nudo del mundo*, se potencia al amparo de las posibilidades de una tesis schopenhaueriana *sui generis*, cuyos derroteros fundamentales estarían

más acá de toda representación de la conciencia y cuya formulación concisa quedaría ya plenamente acreditada en la obra *El mundo como voluntad y representación* y ello a través de muy variados giros expresivos, uno de esos versa así: “mi cuerpo y mi voluntad son una sola cosa” (Schopenhauer, 2012b, p. 191). Nuestro autor está convencido que esta particular afirmación sería el pilar básico de su pensamiento metafísico (Schopenhauer, 1950, p. 162); supuesta verdad referida mediante esta otra afirmación: “*mi cuerpo es la objetivación de mi voluntad*” (Schopenhauer, 2012b, p. 191).

Habiendo dicho lo anterior, debemos anotar puntualmente que el propio nudo del mundo nos proporciona la clave para complementar el precedente pensamiento con este otro, al que ya hemos hecho alusión: la encarnación –objetivación– de la voluntad, su *exposición*, logra, a su vez, también *exponernos*, todo lo cual significaría que, al *exponerse* nos induce a expresarnos en el seno inmanente de su propio drama, permite potenciarnos al interior de su propia afirmación, en todo caso, consigue configurarnos como personajes e interpretes de su particular y compulsivo drama. En términos hermenéuticos lo anterior significa que, en razón del proceder expositivo corporal de la voluntad, podemos nosotros llegar a disponer de mundo y ser intérpretes, a su vez, del mismo. Por eso nuestro filósofo es capaz de afirmar lo siguiente:

La voluntad es lo primero y originario, el conocimiento un mero añadido al fenómeno de la voluntad, como un instrumento suyo. Según eso, cada hombre es lo que es merced a su voluntad y su carácter originario. Él se conoce, por lo tanto, a consecuencia de y en conformidad con la índole de su voluntad; en vez de que, según la vieja opinión, *quiere* a consecuencia de y en conformidad con su conocer. Según esto, con sólo meditar cómo preferiría ser, lo sería; tal es su libertad de la voluntad. Ésta consiste propiamente en que el hombre es su propia obra a la luz del conocimiento. En cambio, yo digo que el hombre es su propia obra antes de todo conocimiento y éste se agrega simplemente para iluminar dicha obra. Por eso el hombre no puede resolver ser tal cual, ni tampoco volverse otro; sino que él es, de una vez por todas, y va conociendo sucesivamente lo que es. Según los demás el hombre quiere lo que conoce; según mi parecer el hombre conoce lo que quiere (Schopenhauer, 2012b, p. 191).

Debemos insistir un poco más en lo anterior si queremos comprender mejor los visos ahora señalados de nuestra hermenéutica.

En el interior del pensamiento de Schopenhauer debemos saber diferenciar, como él mismo nos invita a hacerlo, la voluntad como cosa en sí y los grados de su objetivación, llegando éstos últimos a ser *ideas* en sus muy dispersos y variados grados de objetivación (Schopenhauer, 2012b, p. 191). Con arreglo a ello, podemos llegar a decir que toda interpretación del ser humano, esto es, allí donde para él hay mundo, sería, al decir del propio filósofo, la puesta en juego de una *idea*, entendida ésta, decíamos, en tanto objetivación de la voluntad según sus complejas y diversas gradaciones. Ciertamente, cuando Schopenhauer alude a la noción de *idea* está pensando en las ideas platónicas, pero a éstas, nuestro pensador las entiende, a nuestro parecer, como inmanentes decantaciones o efectivas sedimentaciones de la voluntad de vivir *expuestas*, tanto en la propia vida inmanente de la naturaleza como en la del ser humano,

y debemos rehusar entenderlas como objetivaciones de un mundo puramente ideal suprasensible. En Schopenhauer el mundo platónico resulta el menos ideal, en cambio sí, el más inmanente y colmado de concreción.

En ese mismo orden de cosas, se aduce que, cuando hay mundo para el ser humano, según los fueros de la representación de la conciencia, en concordancia con las disposiciones del principio de razón del individuo, esto es, bajo la sujeción del tiempo, del espacio y de la causalidad, entonces la objetivación de la *idea* resulta del todo confusa, sin lugar a dudas, quimérica, por demás ilusoria y hasta insustancial, en justa concordancia con el propio mundo fenoménico de la voluntad que obtenemos. En otras palabras, el mundo que conseguimos mediante la razón y teniendo al tiempo como horizonte a priori, resulta “falso” por insuficiente e inconsistente, y no precisamente por irreal, sino, ante todo, en razón de que en sus prolijos derroteros no se pone en juego lo sustancial de nuestro drama, pues en sus fueros únicamente obtenemos la exposición de la propia voluntad en su faz heterogénea, confusa, en fin, pues, fenoménica.

Sin embargo, cuando logramos interpretar el mundo a partir de la inmediatez de la voluntad, al margen del principio de razón, en consonancia con la intuición de la misma, sin tener al tiempo como horizonte de comprensión, y según como lo haría más esencialmente el artista, abstraído éste del ritmo fenoménico del mundo, entonces podríamos llegar a decir que se adquiere lo esencial de la idea (Schopenhauer, 2012b, p. 191) y con ello lograríamos retener un mundo tanto más estable y consistente: se revelaría, entonces, el mundo en lo fundamental de su drama: “*pulsión inconciente e irresistible*” (Schopenhauer, 2012b, p. 191). Lo anterior querría decir que, cuando interpretamos al mundo desde la intuición y la inmediatez, desde la interioridad de la voluntad, al margen del concepto y de la razón, entonces obtenemos un mundo donde aparece la voluntad inmanente *exponiéndose* en su objetivación más sustancial y grávida.

En consonancia con lo anterior, podemos inferir sumariamente que, el drama inmanente con el que se *expone* la voluntad queda atestado, en su fenómeno, cuando somos actores de reparto que nos toca interpretar el simple papel de individuos racionales que aderezan su rol con la abstracción, con el concepto, con el tiempo y el espacio, en fin, cuando representamos el personaje de reparto denominado principio de razón; sin embargo, el drama *expositivo* obtiene su sazón más preeminente cuando, desde la inmediatez y la intuición logramos representar el rol del artista a través de un personaje principal que logra desplegar la esencialidad del mundo. Cuando ese artista representa al poeta, entonces será capaz de *exponer* “*la idea, la esencia de la humanidad al margen de toda relación y del tiempo*” (Schopenhauer, 2012b, p. 191) y cuando ese personaje llegare a ser el músico, el compositor, entonces, en ese tal, se “*revela la esencia íntima del mundo y expresa la más profunda sabiduría en un lenguaje que no comprende la razón...*” (Schopenhauer, 2012b, p. 191). En todo caso, *expone* pues, a la voluntad misma sin accesorio alguno (Schopenhauer, 2012b, p. 191). Habiendo dicho lo

anterior, es menester admitir, de forma general y sumaria que, sea bajo la mascarada del fenómeno o sea como cosa en sí, queda la voluntad en todo nuestro actuar expuesta o expresada, tanto en su lado fenoménico insustancial, como en su realidad más viva, grávida o dramática; en ambas formas podemos constatar el gozne del mundo como voluntad *exponiéndose y exponiendonos, expresándonos y expresándose*, bajo el juego libre y compulsivo de su propia afirmación. Y, así, en ambos casos referidos, podemos evidenciar los lineamientos de un ejercicio hermenéutico consistente en que, merced la *exposición* o *expresión* de la voluntad, comprendemos y, al hacerlo, no hacemos otra cosa, sino *exponer* o manifestar la teatralidad de su drama, en todo caso, se expone la *manifestación* del mundo como voluntad y nosotros, al interpretar esa expresividad recién nos *exponemos* y al mismo tiempo potenciamos el efecto mismo de su expresividad. Círculo hermenéutico bien delineado; circularidad dramática tangible y efectiva.

Esta hermenéutica de la *exposición* que alcanzamos a poner en relieve y que logra circunscribir por sí sola una circularidad dramática *expresiva*, tiene su hontanar e intensificación, como antes ya lo aducimos, en un aglomerado de experiencias filosóficas, literarias y estéticas, desde las cuales, no solamente se asume y reconoce los fueros de la figura del mundo como voluntad en tanto *expresividad* preeminente y configuradora, sino que también ahíta de un profundo y ancestral concebir al mundo y a los seres humanos como textos por leer (Schopenhauer, 2012b, p. 191). Esta fundamental experiencia que abastece a la hermenéutica de la exposición, debe quedar delineada, de forma sucinta, bajo el siguiente modo: cuando interpretamos el texto de la naturaleza nos comprendemos a nosotros mismos, cuando intentamos comprendernos a nosotros, cuando acudimos, por ejemplo, a los signos de nuestro cuerpo, entonces también comprendemos a aquella; al darnos a la tarea de interpretar a los hombres, entonces sucede que nos interpretamos, pero quien precisamente nos prestaría los signos, las señas y el vocabulario pertinente para hacerlo sería, según Schopenhauer, la *expresión* del mundo como voluntad.

Siendo así, a punto fijo debemos afirmar que, en efecto, la voluntad debe ser considerada, como hasta ahora lo hemos venido admitiendo, como una amplia figura (Planells, 1992, p. 127) —lejos de ser principio causal absoluto— que logra expresar al mundo bajo la suerte de un variopinto conglomerado de signos, señales e indicaciones; mediante su expresividad desperdigada y profusa de signos permite hacer aparecer al mundo “*como una escritura cifrada que ha de ser descodificada*” (Spierling, 1989, p. 56), justo como un amplio y complejo texto por leer; a esto último habría que agregar, consecuentemente, que nosotros, al vivir, en ausencia de deliberación, ya sucede que interpretamos y expresamos dichos signos, al tiempo que quedamos con ese proceder expuestos, expresados o interpretados.

De tal suerte que, podemos colegir que nuestro vivir puede concebirse como un hacer *expresa* esa escritura cifrada y por descifrar, y por ende, podemos afirmar que vivir es ya, de antemano, un interpretar,

a todas luces, un expresar. En suma, inferimos que la voluntad resulta ser el despliegue profuso y desperdigado del mundo como un vasto jeroglífico que pide ser interpretado y que nosotros, al vivir, ya por sí lo interpretamos, y recién se pone en marcha esa vitalidad propia del jeroglífico y los efluvios del caudal de sus signos. En este sentido, podemos decir que, cuando Deleuze afirma: “*No hay Logos; sólo jeroglífico*” (Deleuze, 1971, p. 26), vemos que esto se puede aplicar con bastante rigor a lo esencial del pensamiento de Schopenhauer, el cual, básicamente, describe una profusa hermenéutica que tiene como una de sus piedras de toque la experiencia ancestral básica del mundo como texto colmado de signos por interpretar, como complejo y profuso jeroglífico que impele a ser interpretado.

3. Hacia una hermenéutica de la escucha.

Cabe afirmar coherentemente que la precedente y enriquecedora experiencia hermenéutica del jeroglífico confluye muy favorablemente con esta otra, la cual refiere a la honda sabiduría sánscrita interpelante que dice: *Tat twan asi: “Tú eres Eso”* (Schopenhauer, 2012b, p. 311). Cabe aducir que este interpelante, “*Tú eres Eso*” resulta fundamental y decisivo al momento de comprender y sacar provecho de la subyacente hermenéutica de la exposición y de las experiencias que la minan ahora abordadas.

Este susodicho “*Tú eres Eso*” llega a ser para nuestro autor, según creemos, el epítome hermenéutico a través del cual, nosotros podríamos reconocernos, intuirnos, mirarnos implicados o quedar anticipados en todos y cada uno de los seres humanos y en la naturaleza entera, pues en todo ello quedaría testimoniado o, mejor dicho, *expresado*, el mundo como voluntad, como jeroglífico heterogéneo, desperdigado e injustificado, como texto complejo, colmado de signos y señas, cuyo despliegue mismo, en su vasta y profusa objetivación, tiene su trasunto originario, al final del día para nuestro autor, en la propia música (Schopenhauer, 2012b, p. 311), en todas sus múltiples tonalidades, en todas sus discordancias y extravíos (Schopenhauer, 2012b, p. 311), en todos sus inherentes silencios y en todas sus variaciones. Y esto, ciertamente, no puede ser pasado por alto, pues nuestro jeroglífico, que es el mundo, puede ser entendido, en consecuencia, como uno tal pleno de sonoridad, envuelto en ritmos, colmado de consonancias y disonancias, exuberante en extravíos y silencios, en todo caso, concebido como una vasta y pluriforme partitura.

Con arreglo a ello, debemos admitir que el “*Tú eres Eso*” apelaría a la interpretación misma de los signos y de las señales de la textualidad de la voluntad, pero, ante todo y siendo consecuentes con el pensamiento musical de nuestro autor, que hace de la música el trasunto mismo de la voluntad, haría referencia a una cierta interpretación acústica de los efluvios de sus múltiples tonalidades, de su vasta y plural sonoridad objetivada que es el texto del mundo, pues a éste y a sus inherentes signos deben regirlos preeminentemente la tonalidad de sus sonoridades

(Schopenhauer, 2012b, pp. 431-441). Siendo que, podríamos aducir que la figura del mundo como voluntad, afirmado en la expresividad musical del “*Tú eres Eso*”, exige ser descifrada e interpretada, pero, al parecer, este arduo y complejo ejercicio de desciframiento e interpretación apelaría, primariamente, a una especie de interpretación acústica de sus ritmos y silencios, de sus tonos y notas, del conjunto amplio de sus claves y tonalidades. De ello se colige, pues, que al signo y a su expresividad se les deben prestar oídos. El jeroglífico es algo escuchable. Por eso mismo podemos inferir que la textualidad de la voluntad queda cifrada esencialmente en una *expresividad* que, ante todo, debe ser *escuchada* para ser interpretada.

Lo precedentemente aducido, nos debe conducir a decir que la autoconciencia que dice “*yo quiero*” y el *nudo del mundo* que allí se *expone*, el drama corporal allí impreso, podría ser considerada debidamente como el enclave básico de la *expresividad* de la voluntad que se *expone haciéndose audible* y ello en tanto signos, silencios, tonos y ritmos sonoros encarnados y compulsivos, los cuales hunden sus raíces más allá de la razón (Vernunft)^[4], justo en la pulsión inmediata del cuerpo, en los ritmos de la voluntad que ya por sí se *expresan* en él. Siendo que, el cuerpo, cual complejo diapasón, es algo que debe ser escuchado. En consecuencia, el *nudo del mundo* encarnado resulta un derrotero fidedigno donde sucede el milagro del que Schopenhauer nos habla, a saber: la voluntad encarnada que en su sonoridad compulsiva *se expresa y se hace escuchar* como conciencia inmediata, siendo ésta, a todas luces, *expresividad que se hace audible* y con ello nos hace saber que sus signos se hacen efectivos mediante múltiples tonos, silencios, extravíos, ritmos, compases y claves que deben *ser atendidos*.

Merced de la precedentes consideraciones, podemos ahora confirmar que interpretar querría decir *descifrar* los signos del texto del mundo, pero éste interpretar debe ser concebido, con todo rigor, como un prestar oídos. Así, *descifrar es atender; interpretar es escuchar*. Por eso mismo podemos decir que aquello que la voluntad “dice del mundo” (Planells, 1992, p. 127), eso que la voluntad *expresa* del mundo es algo que debe ser *escuchado*; la *expresividad* del mundo como voluntad es algo que primordialmente debe ser *atendido*. De tal manera que, la ejecución de la interpretación, la cual se ejerce como reconocimiento, anticipación e intuición de lo semejante con lo semejante, reconocimiento de lo disímil y heterogéneo, con facilidad puede llevarse a cabo si el comprender equivale a un *escuchar*, por ello Schopenhauer llega a recurrir en alguna ocasión a Helvetius, de quien dice que afirma: “*el espíritu sólo es escuchado por el espíritu*”^[5] (Schopenhauer, 2012b, p. 314), y ello lo hace, según nosotros, únicamente para referir, en este caso, muy superficialmente, que interpretar puede comprenderse, en muy buena medida, como un escuchar.

Así pues, podemos concebir que la obra de arte y en verdad toda actividad humana, sean justamente la *exposición* o *expresión* de la voluntad y que el artista, por ejemplo, teniendo en la mano su obra, puede con facilidad preguntarle al propio mundo como voluntad “¿*Era esto lo que querías decir* [expresar]?” (Schopenhauer, 2012b, p. 314), y la obra de

arte, objetivación de un decir como respuesta, afirme: “sí, así lo escuche”. Mientras que la interpretación del lector o del espectador resulta, a su vez, también un “sí, así lo atendi”.

En conclusión, podemos decir que la estructura básica del *nudo del mundo*, los filones de la hermenéutica de la *exposición* y sus experiencias subyacentes, nos deben resultar bastante provechosas, pues observamos, entre otras cosas, ciertos aspectos básicos que nos permiten atisbar y pertrechar en prospectiva la solicitud y riqueza teórica de una particular y prolija *hermenéutica de la escucha*, sustentada, claro está, en la riqueza textual y en la preeminencia sonora del “*Tú eres Eso*”, a la que ya tiende coherentemente el pensamiento del filósofo en cuestión.

Para terminar, podemos aducir lo siguiente: cuando Dionisos se mira al espejo para contemplarse, no logra mirar con propiedad su propia imagen, sino que emergen de ese espejo múltiples tonos, innumerables voces y un sin fin de silencios, plurales y desperdigados; es el propio mundo que ya habla en mil tonos y formas para decirle: “¡escucha!, pues ¡*Tú eres Eso*!

Referencias

- Deleuze, G. (1971) Proust y los signos, ideas y valores, Revista del departamento de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional, N° 38-39, p. 22
- Gide, A. (2013) Prometeo mal encadenado, México, Fontamara, 2ª edición, p. 77
- Huidobro, V. (1931) Altazor, Madrid, Barcelona, Buenos Aires, Compañía Iberoamericana de publicaciones, p. 14
- Pessoa, F. (2010) Poemas, Buenos Aires, Editorial Lozada, p. 44
- Planells, J. (1992) En el camino de la hermenéutica: Schopenhauer, filósofo de la expresión, Anales del Seminario de Metafísica, Universidad Complutense de Madrid, n° 26, pp. 107-134.
- Rábade, A. I. (1995) Conciencia y dolor. Schopenhauer y la crisis de la modernidad, Madrid, Trotta.
- Safranski, R. (2013) Schopenhauer y los años salvajes de la filosofía, Barcelona, Tusquets Editores, p. 206
- Schopenhauer, A. (2012) Diarios de viaje, Madrid, Trotta, p. 31
- _____. (2012) El mundo como voluntad y representación, Vol. II, FCE, México, FCE.
- _____. (1950) Obras, La cuádruple raíz del principio de razón suficiente, Tomo I, Buenos Aires, Ateneo.
- Spierling, V. (1989) El pesimismo de Schopenhauer como jeroglífico, Anales del Seminario de Metafísica, Universidad Complutense de Madrid, n° 23, pp. 47-57
- _____. (2010) Arthur Schopenhauer, Barcelona, Herder, p. 36.
- Strindberg, A. (2008) Teatro escogido, Madrid, Alianza Editorial, p. 83

Notas

- [1] Una provechosa lectura del texto en cuestión debe ser ejecutada bajo un contexto general y amplio del pensamiento de Schopenhauer, por tal motivo,

exige la remisión a otros textos, sin lugar a dudas, a su obra fundamental *El mundo como voluntad y representación*.

- [2] Cabe hacer notar que la noción de exposición puede ser con facilidad intercambiada por la noción de expresión. Nuestro acercamiento a Schopenhauer conviene en lo sustancial con esas provechosas lecturas que intentan actualizar a nuestro autor bajo la denominación filósofo hermeneuta, existencial o filósofo de la expresión. Cfr. Rábade Obradó, Ana Isabel, *Conciencia y dolor. Schopenhauer y la crisis de la modernidad*, Madrid, Trotta, 1995. Cfr. Planells Puchades, José, *En el camino de la hermenéutica: Schopenhauer, filósofo de la expresión*, *Anales del Seminario de Metafísica, Universidad Complutense de Madrid*, 1992, n° 26, pp. 107-134. Cfr. Spierling, V. *El pesimismo de Schopenhauer como jeroglífico*, *Anales del Seminario de Metafísica, Universidad Complutense de Madrid*, 1989, n° 23, pp. 47-57
- [3] Concordamos con José Planells que la metáfora del mundo como texto y jeroglífico permean profusamente la filosofía de Schopenhauer. Cfr. Planells Puchades, José, *En el camino de la hermenéutica: Schopenhauer, filósofo de la expresión*, *Anales del Seminario de Metafísica*, Op. cit. 109.
- [4] Schopenhauer cree que la palabra alemana *Vernunft* viene del verbo *vernehmen*, el cual, más que oír simples sonidos quiere decir escuchar en tanto percatarse de los pensamientos. Siendo que, razonar sería también un prestar oídos. Cfr. Schopenhauer, A. (2012) *El mundo como voluntad y representación*, Vol. I, Op. cit. p. 120-121.
- [5] Las cursivas son nuestras.